

## Espejo de tu piel

Rebeca Monroy Nasr\*

Gustavo Amézaga Heiras, *De tu piel espejo. Un panorama del retrato en México, 1860-1910*, México, Asociación Cultural El Estanquillo, 2019, 225 pp.

Quienes abren, quienes recorren y quienes cierran las páginas *De tu piel espejo*, se encuentran con un catálogo de fuertes convicciones y profundas reflexiones. Miradas del más allá, de esos muertos que viven demasiado para decirnos lo que pretendieron y lo que sus ojos vieron ante la cámara fotográfica: dos señoritas hermanas que se fueron a fotografiar con su chongo y sus elegantes vestidos de polizón, camafeos al cuello, tiaras sobre el peinado, rostros suaves, tersos y bellos. Dos fifís, como entonces se les llamaba, con sombrero de bom-

bín en mano, bastón de mando, guantes y el reflejo de una vida cómoda y solventada..., por lo menos en la apariencia de la imagen. O aquellos músicos que muestran sus dotes con los instrumentos de aliento, de percusiones, de un gobierno que los solventó para tocar hasta en plazas internacionales; ahí están viéndonos con su sujeta-cabeza, de manera sencilla y sincera. Algunos más audaces que otros. O bien, las prostitutas del álbum que impulsara Maximiliano, tal vez hasta por necesidades personales y privadas, pero que permitió ver su catalogación, sus remuneraciones, sus clases de primera y segunda, sus atuendos de algodón o de estafeta, sus miradas dirigidas al fotógrafo sin tanto velo ni recato, en algunas más bien hasta empoderadas.

Lo que vemos en *De tu piel espejo* es el ojo del coleccionista primigenio, entreverado por otro de igual magnitud que es el del curador de noches insomnes y días largos, que a pesar de ello, le du-

ran tan poco. Así, dos coleccionistas de un fuerte mirar se entretienen para dar a conocer una colección de fotografías del siglo XIX, aunadas a otras de la época de otros acervos. Aquí lo que priva es la mirada; por ello, Amézaga recoge el título de “Poesía” de Xavier Villaurrutia, en el que señala los cien ojos de Argos Panoptes, el mejor vigilante, en donde evoca: “[...] y en tu piel de espejo me estoy mirando mirarme por mil Argos...”;<sup>1</sup> aquí, el ver, mirar, observar, echar el ojo, entremirar, entrever, todo se teje en este libro de grandes alcances, con los textos escritos por Gustavo Amézaga, quien en siete apartados presenta la fotografía de medio siglo lleno de contrastes y de luces y sombras, como sus imágenes. Un siglo que

<sup>1</sup> Xavier Villaurrutia, “Poesía”, en *15 poemas*, México, UNAM, 1986, pp. 10-11. Recuperado de: <<http://www.materialdelectura.unam.mx/index.php/oesia-moderna/16-poesia-moderna-cat/37-015-xavier-villaurrutia?start=4>>.

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

se pelaba, entre conservadores y liberales, con la imagen misma como referente de presencias, desde que surge en la materia fotográfica en 1839, que va a transmutar la visibilidad de sus personajes e incluso se convertirá en una manera de refrendar estados de ánimos, emociones, configuraciones emocionales y sentimentales. Así de intensa es la fotografía con ese carácter visual de espejo que se mantuvo durante los siglos XIX y XX, justo el título que emana de forma trashumante para vivirse y representarse más allá de la propia carne.

De tu piel espejo y espejo de tu piel que eres parte de mi, sin serlo, eres forma, estilo y representación, que muestras lo que quiero ser o aparentar ante el mundo, que dejas que se decante la imagen propia sin serlo, mundo de experiencias subjetivas. Ésa es la fotografía del retrato que se asume en el imaginario colectivo y que crea tanto un público como consumidores de imágenes; esos reflejos en el azogue más profundo de la placa de peltre, del daguerrotipo, del talbotipo, el papel salado, de la *carte-de-visite*, de la placa seca, lo cual generó un coleccionismo que podemos corroborar en la exposición y en el libro que se presenta a los ojos atónitos de tantas imágenes inéditas que recuperó Carlos Monsiváis y que ahora ordena en núcleos temáticos Gustavo Amézaga, los que podemos resumir en los retratos y sus modalidades de los próceres, presidentes, escritores, músicos, fotógrafos, para terminar por supuesto con el tema de la muerte.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Los títulos de los capítulos del libro son: “El prodigioso efecto de ser y de no

Lo que es claro es que el ojo del coleccionista Amézaga da paso a la pluma del historiador del arte, en donde ubica lo macro a lo micro; las historias que narra a partir de las mismas fotografías no tienen desperdicio. Es el caso de los personajes que relata a partir de su encuentro con otras fotos, con la hemerografía, con noticias de la época que recrea con singular gracia y encanto. Cada historia ligada a otras, en donde la historia de las mentalidades, la historia cultural de lo social, de género, entre otras, puede hacer explícita la confirmación social, como en Clara Jiménez Marmolejo, que aparece desde la soltería, la toma de manos, la boda y reboda con Genaro G. Arce, a veces en el mismo día. O bien, la imagen del caballero o rural que se retrata con un Miguel Hidalgo gigante, a manera de confirmar su lealtad, su simpatía o consideración independentista. Apasionante la historia de los músicos de la Sociedad Filarmónica “Mariana Jiménez”, retratados por los hermanos Felipe y Manuel Torres cuando tenían su estudio en Morelia, antes de allegarse a la Ciudad de México en los años 1880. Además, las imágenes transcurren con artistas como José Valero y Josefa Cairón, y actores de teatro, en las que sus vidas se entrelazan con aquel México decimonónico donde los fotógrafos les creaban una ima-

estar”, “El hechizo de la fijeza de los rasgos amados” “Retrato y memoria” “Ignacio Manuel Altamirano y las protagonistas de la historia”, “Tres hitos de la patria mexicana: Hidalgo, Juárez y Díaz”, “Mexicanos exitosos: el músico Encarnación Payén y los fotógrafos Manuel y Felipe Torres” y “Ausencia y evocación”.

gen publicitaria que ha tenido largos alcances.

Los políticos, periodistas y literatos no podrían quedarse atrás y las imágenes de Manuel Altamirano aparecen entre estas páginas de tenues tonos sepias, para colocarse cercanas a las de Benito Juárez y la maravillosa foto de Margarita Maza con sus hijas, de estilo epistolar, imágenes que iban y venían en su exilio para confirmar presencias mutuas, malestares, sus lunares o manchas del rostro, su sobrepeso, o no; parecen el antecedente de la tarjeta postal. Se visibilizan las medallas en el pecho orgulloso del dictador Porfirio Díaz, al parecer las 12 ganadas en batallas nacionales y más de 18 reconocimientos extranjeros. El retrato que se encuentra en la exposición tamaño mural es la efigie de quien decide pararse frente al mundo. El fotógrafo/editor de la misma de nombre Pablo Viau nos legó un retrato de cuerpo completo que habla de su capacidad de ampliación en papel fotoemulsionado, tan grande seguramente como el ego del personaje.

Es pues importante reconocer que un diferente relato es el de los fotógrafos con sus diversos estilos de retratar, como lo señalaba Rita Eder en un documento iniciador, entre barrocos y neoclásicos, otros muy al estilo mexicano. Aquí aparecen los más reconocidos gabinetes, también de los que no sabemos aún mucho y de los que tenemos que saber más, como la querida fotógrafa queretana Natalia Baquedano, quien para 1876 ya tenía un estudio fotográfico —el primero manejado por una mujer en la Ciudad de México en la calle

de Alcaicería número 6—, representada con dos inéditos retratos de niños, que nos recuerda que su obra merece ser estudiada a profundidad.

Este estamento lo vemos también con diversos autores, algunas referencias de los ilustres y más pudientes fotógrafos como los Hermanos Valletto, Antioco Cruces y Luis Campa, Octaviano de la Mora, Julio Michaud, otras más como de Vicente Contreras, los Hermanos Méndez, José María Lupercio, Manuel Durán, y los que permanecen en el anonimato y que sé que seguirán saliendo a la luz desde los bromuros de plata, con la tenacidad característica del mismo Gustavo Amézaga y de estudiosos como Carlos Córdova, José Antonio Rodríguez, Rosa Casanova, Patricia Massé, Daniel Escorza, entre otros.

Aquí están, en este excelso libro-catalogo de letras profundas, las imágenes de la maestra de música con su vestido pautado en excelente vibración con la clave de sol y de fa para piano, que nos relata el *dorremifa*; también aparece la mujer pajarera con múltiples aves que la acompañan desde la cabeza a los pies y nos recuerda el uso de los colibríes cosidos al vestido para obtener marido. Todos ellos excelentes retratos.

Por ahí están las que recibieron el gran diploma de término de sus estudios firmado por el general Porfirio Díaz; o bien, de los gobernantes, las fotolitografías de gran atracción que anteceden a las que por varias décadas funcionaron como estampillas de los principales nacionales y que generaron un imaginario escolar sin igual de héroes, jefes y caudillos, que provienen de los cuadros recreados con los gobernantes del México independiente (1821) hasta el fin del porfirismo. Los personajes singulares de una galería social se presentan en este libro espejo; no escaparon Jaime Nunó y su himno nacional, las monjas, los curas y la alta jerarquía eclesiástica, los militares, el fotógrafo que retrató a su mujer y sus hijas, en donde incluyó un retrato matrimonial de gran tamaño en la imagen, a modo de una ingeniosa forma de autorrepresentación y autoinclusión; también está por ahí otro de los fotógrafos en su estudio mostrando el equipo y la parafernalia propia de la época. Incluso las prostitutas nos hablan de un entrono diverso y singular con sus poses sencillas o abigarradas; retadoras o sumisas se asomaron ante la lente del fotógrafo en turno. Sea pues que todos aquellos que podían adquirir un retrato lo hicieron, hasta los

muertos, pues de ellos los homenajes póstumos se llevaron a cabo en esos años con un fotorretrato, género heredado de la pintura y el dibujo, lo que se reclamó como parte de la memoria familiar.

Es así como el azogue del espejo, convertido en el recuerdo sublime del pasado, nos permite acudir a este recuerdo que Carlos Monsiváis adquirió y conservó, que Gustavo Amézaga Heiras cultivó y ordenó, y que nosotros podemos verlos y disfrutarlos en un recorte estratigráfico del siglo XIX, imágenes de un pasado que pervive y revive con la gracia sutil del encuentro de ese espejo: “Sin máscara como un hombre desnudo en medio de una calle de miradas”, diría Villaurrutia.

Estas miradas sugerentes de las páginas, pletóricas de medios tonos, de alto contrastes, con sepias, todo en un libro cautivador que muestra cómo se pueden hacer finas ediciones de la fotografía en blanco y negro, que se convierten en color. Es llamar a la capacidad de asombro de ver y leer el pasado, de restaurar la memoria; el exhorto es a no olvidar, como tu piel espejo, como espejo de tu piel, la mía, la nuestra, para preservarnos en el ADN de la imagen de plata o de los píxeles, de lo que venga..., que repercuta en la memoria, ése, el reto a lograr.